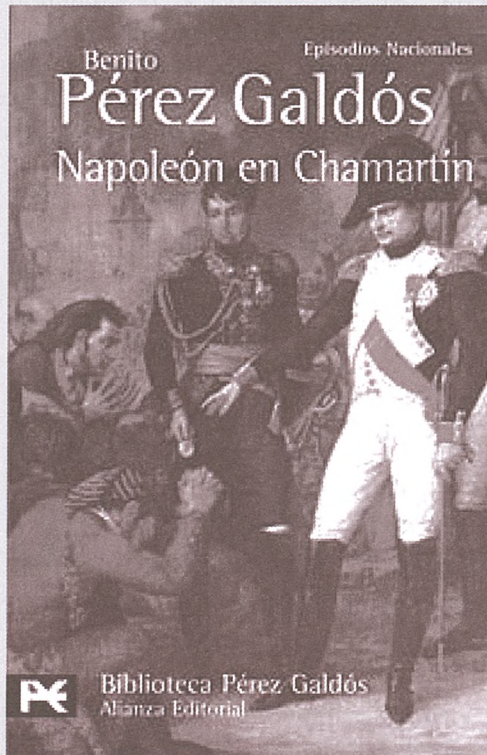


MISCELÁNEA



MAGDALENA VELASCO KINDELÁN
CATEDRÁTICA DE SECUNDARIA

HEREDEROS Y EXTRAÑOS

Los Episodios Nacionales fueron una obra verdaderamente popular: miles de casas españolas contaban en su biblioteca con ejemplares de esta obra galdosiana. Probablemente pocos leían todos los volúmenes, pero muchos leían algunos. Con frecuencia se leían en familia, se consideraban una historia nuestra, algo familiar, un Quijote moderno que se heredaba de padres a hijos.

En la recepción y transmisión de los libros, los especialistas –editores, filólogos, profesores–, juegan un importante papel, generalmente positivo, pero no siempre. En el caso de los Episodios, algunos críticos y profesores han introducido un elemento de rechazo a la historia que se nos cuenta; ya no es la historia de nuestros abuelos, sino la de unos españoles que nada tienen que ver con nosotros, *miembros de una sociedad lejana en mentalidad y espíritu, gente crédula y reaccionaria, cuyos pensamientos, creencias y amores ya no pueden ser los nuestros.*

Estos críticos actúan de una forma extraña. Puesto que no piensan como nosotros –parecen decir– no pueden ser nuestros antepasados; esta no es nuestra historia, ni su tierra nuestra tierra. Me recuerdan al profesor Rodríguez Puértolas cuya “Historia de la literatura fascista” acaba de reeditar Akal. Todo lo que no es socialismo es fascismo, viene a decir Y manda a la inquisitorial hoguera la mitad de la literatura española. Bastante sectario, creo.

Pero muchos leemos los “Episodios” con otro espíritu. Nos sentimos afectados por lo que se nos cuenta; intentamos comprender a estos abuelos nuestros, si bien es verdad que nos reímos de sus ingenuidades y disparates, rechazamos lo inaceptable pero encontramos con frecuencia oro entre la ganga. Y veneramos la memoria de Galdós que fue capaz de escribir la historia entera del XIX español de forma tan veraz y amena.

Todos podemos y aun debemos ser críticos, es decir, ejercitar el criterio para seleccionar lo que heredamos y la base de la que partimos. Pero no me parece razonable negarse a asumir la herencia de la historia de España, aduciendo que en ella no hay sino deudas, cargas negativas y errores. Algunos prefieren hacer como que no son hijos de nadie, y ningunean a los que sí nos consideramos afectados por nuestra historia. Todavía podemos recordar algunos

el espectáculo lamentable que dieron determinados intelectuales y políticos en 1992, ante el V centenario del descubrimiento de América, al querer reescribir la historia según sus fantasmas.

Estos críticos suelen aceptar sin embargo a Don Benito como uno de los suyos, un hombre progresista; pues bien, que aprendan de él, porque Galdós sí se sintió afectado por la historia reciente de España, hasta el punto de dedicar un esfuerzo extraordinario a su recreación artística, con una fuerte base investigadora.

Entre los españoles que sí han valorado a Don Benito se encuentran Arturo Pérez Reverte y José Luis Garcí. A ellos debemos unas novelas y un cine que deben mucho a Galdós, añadiendo sin duda elementos propios. Me parece un buen camino a seguir, por más que algunos con mucho poder los ignoren. Ya veremos quién se lleva finalmente el gato al agua en los gustos del público. Al menos en estos herederos de Don Benito hay sangre en las venas, y ven a España con los dos ojos, no sólo con el izquierdo.

PROFECÍAS GALDOSIANAS

Galdós, con su mirada de perro viejo, sabe captar muy bien las quebras profundas de la sociedad española. Durante la guerra de la Independencia, la

GALDOSIANA

presencia de un enemigo externo provoca la apariencia de unidad. Pero Galdós intuye que es una unidad ficticia y pasajera, y lanza su mirada hacia el futuro con preocupación:

“Esta lucha, señora mía, o yo me engaño mucho o ahora es un juego de chicos comparada con lo que ha de venir. Cuando se acabe la guerra, aparecerá tan formidable y espantosa que no me parece podrá apaciguarla ni aun el suave transcurso de todos los años de este siglo en cuyo principio vivimos. Yo, que observo lo que pasa, veo que esa controversia está en las entrañas de la sociedad española, y que no se aplacará fácilmente, porque los males hondos quieren hondísimos remedios, y no sé yo si tendremos quien sepa aplicar éstos con el tacto y prudencia que exige un enfermo atacado de complicadas dolencias. Los españoles son hasta ahora valientes y honrados; pero muy fogosos en sus pasiones, y, si se desatan en rencorosos sentimientos unos contra otros, no sé cómo se van a entender”.

Verdaderamente es un diagnóstico realista, una vez vista la historia del siglo XX y aún del XXI... Algunos creímos que la transición a la democracia había sido ese médico que curaría los hondos males del enfermo; pero hay unos pocos- siempre mirando con el mismo ojo- que pretenden resucitar los demonios familiares. Veremos.

LA VERDADERA INTRAHISTORIA

La historia de España escrita por un español para lectores españoles: eso son los Episodios Nacionales. Parecen requerir un lector que tenga cierta connaturalidad con lo que allí se narra, que conozca al menos nuestra historia e idiosincrasia. En los Episodios se acumulan centenares de historias pequeñas que se enmarcan en un destino común: el de la patria. Se cumple así el deseo de Don Miguel de Unamuno acerca de la intrahistoria que acaba constituyendo la verdadera historia. Los Reyes, los

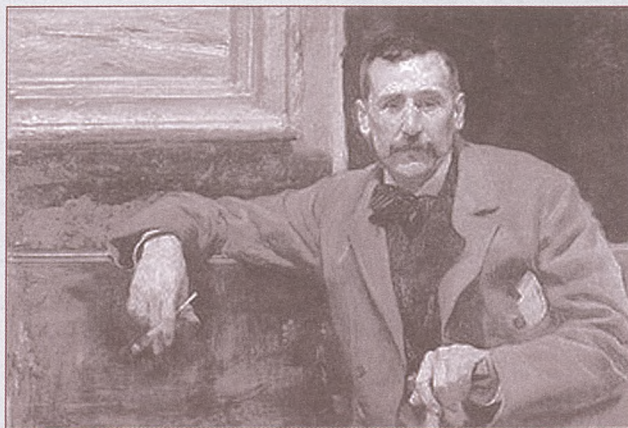
Generales, los aristócratas son vistos generalmente desde lejos y desde abajo, como los ve el pueblo. Sólo si se dignan mezclarse con el pueblo se digna don Benito darles voz y figura. Pongamos un ejemplo.

Sólo una vez estuvo Napoleón en España. Galdós no nos lo describe, ni tampoco su viaje ni sus designios. Desde Madrid se oyen rumores acerca de su llegada. Nos lo califica como lo hace el pueblo: “el bergante del emperador” “ese monstruo infame” “el miserable emperadorcillo” “el gabachón” “Ese monstruo, ese troglodita, ese antropófago que no se sacia nunca de devorar carne humana...”.

Cuando finalmente llega el momento de “ver” a Napoleón, Gabriel Araceli, el protagonista, nos advierte: “Como es fácil de comprender, yo no le vi en aquella ocasión, pero me lo figuraba y me lo figuro por lo que me contara quien lo vio muy de cerca.”

Es el pueblo el que ve a Napoleón, un misterioso testigo ocular, que lo describe de esta forma magnífica:

“En el centro de aquellas tropas y en lo que hoy es parte de la calle de Serrano, estaba Napoleón, sereno y tranquilo, montado en aquél caballo blanco que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; allí estaba disponiendo los movimientos de sus soldados, y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con el que alternativamente miraba ya a este punto, ya al otro”.



Esta imagen tópica de Napoleón, sacada de cualquier estampa o grabado, se completa con el detalle feliz de la observación de defectos, que iguala al gran hombre con el hombre humilde que lo observa y no se queda patidifuso por la grandeza: “Por cierto que aquél testigo ocular observó detenidamente algunos pormenores muy curiosos de su persona, que no nombra la historia, cuales eran ciertos gruñidos que emitía mientras miraba por el antejojo, un movimiento maquinal de apretarse el vientre con la mano izquierda, repentinos fruncimientos de cejas y algunas veces una sonrisa dirigida a su mayor, general Berthier. Con sus anteojos, su tosecilla, sus mugidos, sus golpes en la barriga, sus polvos de tabaco y sus delgadas y finas sonrisas, “el ogro de Córcega” nos estaba partiendo de medio a medio”.

Genialmente, Galdós nos está diciendo que la mirada del hombre vulgar descubre en el gran hombre los



gestos que le hacen humano, al tiempo que reconoce sin paliativos que, sin mover personalmente un dedo, Napoleón “nos estaba partiendo de medio a medio”.

EL MADRID GALDOSIANO

Hay un conocimiento de Madrid que no por casualidad llamamos galdosiano. El conocedor de la vieja ciudad –hoy más lozana que nunca–, puede seguir imaginativamente los movimientos de los personajes por calles y plazuelas de ese Madrid que conservará siempre la memoria de un canario que pateó y amó como pocos esta ciudad.

“Siguió a toda prisa hacia la Puerta del Sol, y nosotros atravesando la Plaza Mayor, entramos en la calle de Toledo, arteria de toda la circulación manolesca, centro de las chulerías, metrópoli de las gracias, bazar de las bullangas, cátedra de picardías y teatro de todas las barrabasadas madrileñas. Pasando luego a la calle Embajadores, oímos

de nuevo que hacia el Avapiés había gran marejada, por lo cual, atravesando por los Abades hacia Mesón de Paredes, nos fuimos a presenciar el tumulto, que no era flojo según el rumor que desde lejos se oía. En efecto, habíase armado un zipizape que déjelo usted estar.”

UNA ERRATA POR DESPEGO

En la conocida edición de los Episodios Nacionales en libritos de bolsillo que ha hecho Alianza Editorial, en varios tomitos se repite una absurda errata. Calculo que unas 60 veces se llama *mercenario* a un personaje singular, un fraile mercedario y aun a sus hermanos en religión. Curiosamente se utiliza de modo correcto la expresión “Orden de la Merced”, pero esto no parece haber despertado la inteligencia del responsable para obtener el derivado correcto.

Puede parecer algo pequeño, pero tiene su importancia. En estas cuestiones influye más el desafecto que la simple ignorancia. No muy afecto a los religiosos era –según dicen– don Benito Pérez Galdós, pero eso no le impedía tener una normal cultura religiosa. Véase si no el siguiente párrafo en el que el Prior de la Merced, Ximénez de Azofre, se niega a asistir a la recepción que se ofrece a Napoleón:

“¿De modo que usted no va a Chamartín?

¿Yo? Ni por pienso. He oído que van en representación de los seglares el padre Amadeo, abad de San Bernardo, y el padre Calixto Núñez, abad de los Basilios. Ya se ve ¿qué se puede esperar de esos infelices benitos, tan dejados de la mano de Dios? Caerán en el garlito los mínimos, algunos pobres franciscos, los desdichados agonizantes, no pocos agustinos, todos los gilitos, los hospitalarios, los donados, los carmelitas descalzos y los infelices afligidos, que son los mayores mentecatos de la cristiandad; pero la Merced sostendrá su bandera, la Merced no adulará emperadores, la Merced, en unión con los dominicos desafiará el poder del tirano, contra franceses ladrones y empecatados españoles.”

Así que nadie gana a Galdós en anticlericalismo, pero tampoco en conocimiento de la realidad que describe.

¡Cuántos errores e imprecisiones hemos tenido que soportar en películas y novelas cuando se trata de cuestiones religiosas! Un poco de respeto a la verdad no nos vendría mal. Leer a Galdós puede ser el comienzo del remedio. ■



Religioso mercedario